

¿De qué siglo era?

ANTONIO CASTILLO ALGARRA

Estaría bien que, salvando en lo preciso su intimidad, les contara mi primer caso; no sé si sería exacto llamarlo mi primer paciente, pues no vino éste a verme como enfermo. Fue en 2030: recién terminada la especialidad, abrí mi primera consulta —compartida— como bioiatra. Mi paciente, don Adrián Razorías, de sesenta años, profesor universitario, soltero, de aspecto cansado pero enérgico en su trato, me saludó y, sentado frente a mi mesa y apoyado en ella, comenzó a hablar. Yo, circunspecto, pretendía tomar nota de todo.

— Verá, doctor, igual se extraña usted, pero necesito que me ayude a saber de qué siglo

soy, si del veinte o del veintiuno; especificó, mientras yo soltaba la pluma y alargaba el cuello.

— Don Adrián, yo...

— No piense usted que estoy loco. Sé en qué tiempo vivo: nací en 1970, y han pasado de aquello sesenta años, estamos a dos de febrero. Lo que ocurre es que no sé si considerarme un hombre de este siglo, o si soy producto del siglo pasado, ¿me comprende?

— Quizá. Pero deje que le explique lo que la bioiatría pretende. Comprendo que es una ciencia todavía muy nueva. Quiere ser un

sustituto, una versión mejorada de la psiquiatría, porque, más allá de la patología psicosomática, busca el estudio de la vida humana en cuanto tal. Los bioastras estamos para sanar, o al menos diagnosticar, las anormalidades, no ya somáticas, sino biográficas, ayudarle si lo necesita, don Adrián, a lograr su equilibrio biográfico. De modo que lo que usted me pide...

— Lo sé. Conozco el pensamiento del filósofo que dio lugar a su ciencia. Leí en su momento aquel libro acerca de la estructura empírica de la vida humana. Por eso creo que usted es el más adecuado para ayudarme a encontrar mi tiempo.

Lo raro de la petición y la necesidad de dinero, me llevaron a admitir a este mi primer paciente, a quien además reconocí como un mediano articulista, de cierto prestigio en algunos círculos, y de quien algo había leído. Detrás de aquel afán de adscripción a un siglo, parecía haber también una inseguridad mucho más profunda en su instalación vital. Los martes, de cuatro a seis, eran suyos.

El primer martes pretendí averiguar el origen de su preocupación.

— Su caso, doctor, o el de mi padre, que pasa ya de los noventa, son claros. Usted, que es tan joven, es de este siglo; o debería serlo —matizó con tono inquisitivo— ; y mi padre es un hombre del siglo veinte.

— Es claro. Pero usted piensa que su caso es más delicado: media vida, su etapa de formación, en un siglo; y la otra media, la de su vida pública, en el otro.

— Hay más doctor. Tuve la curiosidad de ver a qué siglo podíamos adscribir a los hombres que estuvieron en mi situación hace cien años...

— Los de la generación del 98 famosa

— Y me dí cuenta —siguió don Adrián tras asentir— de que, por su carácter polémico frente al diecinueve, eran hombres del siglo veinte.

— Sin embargo, repuse con demasiada seguridad, se fueron reconciliando con aquel siglo, ¿no?.

— Sí, muy bien doctor —me hacía un gesto de aprobación—. Pero lo hicieron ya desde la distancia, con sus ideas y su estilo eran alimento del nuevo siglo. Y no es el caso de esta generación el más inquietante.

— Explíquese, señor Razorías, comienza a intrigarme.

— Un día empecé a caer en la cuenta de que en mi tiempo, en el último cuarto del siglo veinte, había mucho decimonónico suelto.

— ¿Cómo? —dije riéndome— ¡Ah, y no determine desde ya que aquel es su tiempo. Está por ver.

— Sí, doctor. Fue leyendo un artículo de Ortega en *El Espectador*, uno titulado “*Nada moderno y muy siglo XX*” —citó sin titubear—. Allí explica Ortega el efecto centrípeto, por llamarlo así, de aquel siglo XIX que se instituyó a sí mismo moderno y progresista ¿Conoce el artículo?

— Lo leí , no hace mucho.

— Pues me di cuenta de que había no pocos contemporáneos míos, sobre todo algo mayores que yo, que vivían desde ideas, desde ese talante del XIX; y lo que es mucho peor...

— ¿Qué don Adrián?

— ...No habían asimilado su propio siglo, el veinte. Desconocían sus ideas, los logros e incluso los acontecimientos del siglo, no habían aprendido sus lecciones... Ni la conquista del espacio, ni la energía del siglo, la nuclear, la sentían como propia. No digo que no les produjese inquietud, como a los del diecinueve la electricidad, pero a esos contemporáneos decimonónicos míos, aquello no les fascinaba...

Don Adrián Razorías estaba preocupado ante la expectativa de haberse anquilado en el siglo XX. El siguiente martes lo dedicamos a revisar sus vivencias de aquel tiempo.

— Mi primera noción de la vida social española —me contó— es mi madre arreglando los armarios del cuarto de estar.

— ¿Cómo es eso, Adrián?

— Sí. Yo estaba próximo a cumplir los cinco años, y jugaba en el cuarto de estar, siempre donde estuviera mi madre... Y aquí ya tiene usted una vivencia personal mía, característica de un hombre de entresiglos.

— Diga.

— Pues la experiencia, doctor, de la compañía de una madre, de una mujer que era, en exclusiva, ama de casa, y que cuidó de sus hijos cada minuto. Eso se fue extinguiendo a lo largo del siglo XX.

— Es verdad. Pero me contaba...

— Sí, mi primera experiencia de la vida social española: un crío en el cuarto de estar, la televisión en blanco y negro de fondo y un señor con bigotito que aparece frente a una cortina muy grande, con un vaso de agua, y muy triste dice: ¡Franco, ha muerto!

— ¿Y qué hicieron?

— Nada, ya le dije: mi madre ordenaba los armarios y yo jugaba; sólo me debí fijar en la televisión porque interrumpirían el programa habitual...

Me contó Razorías el interés que, desde jovencito, puso en todos los acontecimientos de importancia, lo que le preocuparon siempre su país y el resto del mundo; su vivencia cercana del paro, el terrorismo, las drogas, la enfermedad de aquellos años, el sida, del miedo y la confusión que a ratos dominaban; cómo le inquietaba, cuando fue llegando el cambio de siglo, la opresión, no ya de las naciones, que entonces parecía en vías de superación, sino de la libertad personal, la necesidad, como el decía, de “la liberación del hombre interior”.

En la sesión del martes siguiente le pregunté por ese final de siglo: ¿Con quiénes se podía contar entonces en España, con quiénes contaba él?

— Desde luego, aunque no fuera español, con el Papa, con Juan Pablo II.

No puede imaginarse, doctor, la magnitud de su figura, su vigencia en todo el mundo, la admiración y también los odios que despertaba. Yo lo llamaba “el inverosímil Juan Pablo II”, y daba gracias a Dios por él.

— ¿Y en España, Adrián?

— El Rey. Nadie en sus cabales dejaba de reconocer su labor, su *estar*.

— Pero usted, ¿de quién se fiaba en la vida intelectual, por ejemplo?

— Estaban en plena actividad figuras admirables, aunque no demasiadas ya.

Consideraba mi maestro a don Julián Marías. Las reales Academias estaban repletas de hombres admirables, de todas las actividades, de diferentes ideas, y aquello era reconfortante. Pero recuerdo haber escrito un articulillo el último año del siglo, el año 2000, quejándome de ciertas actitudes de tres de aquellos hombres admirables, ante el nuevo siglo.

— Sí, ¿por qué?

— Verá, Cela, el Nobel de literatura, poco menos que dijo que España, en el futuro, no sería más que un recuerdo. Aunque se notaba la ironía, había un fondo de verdad.

— ¿Quién más, Adrián?

— Un economista, Juan Velarde, vaticinó que la sociedad europea como la conocíamos, desaparecería, en un agotamiento como el del Imperio romano, haciendo los emigrantes, el gran reto de entonces, el papel de los pueblos germánicos.

— ¿Y el tercero?

— Fue un finísimo historiador, Carlos Seco Serrano, que, viendo el gravísimo problema de la disolución moral, de la pérdida de Dios en la sociedad española, y los riesgos de desmembración de España, escribió que era pesimista respecto al futuro, respecto al siglo XXI.

— Bueno, don Adrián, ¿y qué le pareció tan mal?

— Entiéndame bien, doctor, fue algo mío, personal, aquellas manifestaciones de esos hombres tan ilustres no tuvieron casi repercusión, casi nada importante o inteligente parecía tenerla entonces; ¡y llevaban bastante razón!

— ¿Entonces?

— Con todo, calificué su actitud de “pesimismo frívolo”, aún a riesgo de ser injusto; ellos no lo eran.

— ¿Por qué, amigo Razorías?

— Porque yo no podía permitirme ser pesimista respecto al futuro, al comienzo del nuevo siglo.

— ¿Por...?

— Es claro. Todos mis proyectos eran para aquel tiempo, en él debíamos vivir yo y los que yo amaba, mi país y mi mundo... No había lugar para el pesimismo, sólo para el trabajo y la ilusión.

— Adrián Razorías, ya sabemos cuál es su siglo —le dije, y él asentía—. Este en que estamos: para este siglo XXI eran sus proyectos. Y espero que aún le queden unos cuantos.

Este fue mi primer caso como bioiatra, encontrar el siglo del paciente. Estuve seguro entonces de haber elegido bien mi profesión.